



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1849
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

- EZEQUIEL ENDÉRIZ
Sección vermouth.
- MIGUEL ANGEL URBUTIA
Despecho.
- JOSÉ AGUIRRE
El tío de la pipa.
- F. SERRANO BAENA
Besos.
- CÉSAR JALÓN
Nuestras artistas y la guerra.
- RAFAEL ROMERO FLORES
La muerte de Margarita.
- RAFAEL RUIZ LOPEZ
Cuadros andaluces.
- JOAQUÍN BELDA
Consolatrix afflictorum.
- EMILIO SEGOVIANO
Las alegres costureras.
- PACO MATEOS y TINO
Varios dibujos y retratos de
Regina, Blanquita Hungria
y Gaspar Esquerdo.



5 cénts.

*Bellísima cantante á gran voz, que debutará en el Salón
Madrid. ¡Salve, Regina!*



Valores sin valor.

Las razas fuertes son aquellas que tienen cosas definitivas.

Aquí, en España, hay pocos hombres con personalidad y pocas cosas con carácter propio.

Vivimos en un pueblo mate.

Por eso quizá atravesamos una época de estúpida decadencia.

Fuera de la cabeza de Ortiz de Pinedo, de la cursilería de Martínez Sierra, del arte de Belmonte, de los trazos vigorosos de Nestor, de la brutalidad de *El Barque-*

ro. ¿qué queda en esta pobre patria mía? Cuatro chulos y doce alcahuetas sin valor personal aquéllos, sin gracia para conquistar éstas.

El espectáculo de España, respecto a sus valores públicos, es lamentable.

Joselito, Dato, «La Argentinita», Benlliure, Martínez Abades, el *Caballero Audaz*, cuando dejaremos de oír estos nombres con veneración?

Y tras de esta reata de gentes con prestigio, vienen una pandilla de ricos, curas, comerciantes y magistrados que invitan a poner en nuestras tarjetas, en vez de la población en que vivimos: Sierra Morena.

Hay que alzar los puños, amigos de La Hoja. Hay que levantar las piernas, encantadoras lectoras, y protestar de esta comedia como si fuera de Martínez Sierra.

Un poco disolvente os parecerá, sin duda, este *vermouth*; pero mi amiga Lola, camarera amabilísima del café de la Paz, me ha dicho al servírmelo:

—Mucho amargo?

—Mucho, mucho —he contestado yo—. Más... más. Como si se tratara de algo mucho más sabroso que el aperitivo...

Y me he hinchado de «amargo».

Las consecuencias, como veis, han sido fatales.

Estoy como para tirar piedras a las farolas, y quiero que me ayudéis en tan patriótica labor. Y que de las mismas farolas colguemos a medio millón de idiotas que van muy serios al Congreso, escriben en los periódicos, pintan, estrenan, hacen crítica...

No me negaréis que la labor sería benéfica.

Costa pedía el «cirujano de hierro» que nos salvara, y yo no hago en este caso más que seguir al gran tozudo español.

Así habría patria, Veremundo; que lo que hay hoy es una señora enfatuada, vieja y pobre que, de cuando en cuando, suele llamar a Antón del Olmet para que le aconseje y la guíe.

UNA BUENA ALHAJA



—¡Chica, qué anillo! ¡Ya habrás tenido que trabajar para conseguir un anillo tan grande!

—Anda, pues mamá lo tiene mayor.

LAS QUEJAS



Picón y Conrados del Campo, y Pérez
Lugines — animales disimulados.
Y no va más.

EZEQUIEL ENDÉRIZ

DESPECHO

Crujió del abanico la armadura
entre las manos pálidas; deshizo,
estrujando los tallos, la frescura
del ramo de violetas, que indeciso
temblaba alrededor de la cintura.
Caída de celeste paraíso,
un desdeñoso rictus de amargura
contrájose en sus labios de iu proviso.

El blanco pie sobre la carta aleve
del amante que rompe la empezada
novela del amor, nerviosa, mueve
en el tapiz de tulipanes rojos,
y ríe, y de su risa entrecortada,
dos lágrimas protestan en sus ojos.

MIGUEL ANGEL URRUTIA

LAS MODAS



—Yo me he «portao» bien contigo, Felipe. Te he dado siempre «tó» lo que me has pedido.

—También yo te he «pedío» siempre «tó» lo que me has «dao».

Y Antón la aconseja y la guía, y con ese motivo, hilvana cada libro que nos tumba de espaldas.

No hace mucho me decía Pío Baroja, otro hombre «hombre», capaz él solo, si lo dejaran, de terminar con todo el serrín de nuestros prestigios.

—Ha llegado la hora de gritar, pegar, matar... Hasta ahora, se ha asesinado por un amor contrariado. porque la mujer nos ponía en ridículo... Debemos de empezar á asesinar por una regeneración en la política, en la estética, en la literatura...

Yo temblaba oyendo al autor de César, ó nada. Y temblaba por nuestros políticos, por la Xirgu, por García Ortega, por Melquiades Alvarez, por otros tantos «camelos», á quienes veía ya en la capilla ardiente.

Lo cierto es que, mientras vivamos en este «ambiente gris», no vivimos. Que es preferible un pueblo que produce Cánovas Cervantes —tipo raro y concreto de animal—, que un pueblo que da

Ella. —¿Verdad que estos cuellos tan arriba van muy bien con las blusas?

El. —Como con las faldas: cuanto más

El tío de la pipa.

(CUENTO)

Enrique Clarós es más impávido y más inmovible que el Obelisco del Dos de Mayo. Sus nervios, tranquilos y reposados, no se alteran jamás, y su orgánismo está exento de sacudidas fuertes y de impresiones violentas que puedan alterar la eterna catalepsia de sus facultades sensitivas. Pero Clarós es hombre y no es un arsenal, y, pese á su imperturbabilidad, sus nervios vibran y su medula se conmueve ante la hermosura femenil.

Clarós tiene una querida que es una hembra de una vez, un rato largo de señora, capaz de desarrugar el ceño al señor que lo tenga más arrugado. Desde sus piecitos, hasta su pelo negro —que á fuerza de serlo, adopta tonalidades de añil—, toda ella es una maravilla, una socia admirablemente construida que, con su mirar inquietante y con sus actitudes de reina canibal, se apodera del alma y del

cuerpo de sus adoradores, matándoles el alma á fuerza de disgustos y consumiéndoles el cuerpo como un vampiro sin entrañas. La señora era una ansiosa, una insaciable, apta para reblandecer las medulas de todos y cada uno de los individuos que integran la guarnición de Madrid. Clarós, tan insensible para todo y para todos, en poder de aquella diablesa, era una especie de medio kilo de jalea. La pertenecía en esencia y potencia, y hay que reconocer que ella, poco aficionada á perfumes, de lo que más se preocupaba era de la potencia.

Sus escenas de amor —esas láminas palpitantes, esas ilustraciones vitales con que esmaltamos el libro de un cariño, si la señora se deja— eran largas y... tendidas, como es natural. Las cataratas que alimentan y producen las fuentes de la vida, funcionaban con agotadora frecuencia; puede decirse que aquel pseudo matrimonio siempre estaba realizando la operación de las cataratas.

Clarós dejaba transcurrir placidamente

su vida, sin hacer otra cosa que comer, beber, dormir y amar. Es decir, que era el ente más semejante á un animal, y no se distinguía de los apreciables irracionales más que por su desmedida afición á fumar en pipa, costumbre que, hasta la fecha, no ha tenido más animal que el hombre —y ustedes perdonen el modo de señalar.

Todo el día veía-sele con la pipa en la boca: una pipa prócer y cuasi magnate, como diría el Sr. Saint-Aubin, á la cual veneraba mucho más que á sus dignos antepasados y que á los timbres y blasones de su épico linaje. Puede asegurarse que las únicas afectaciones de nuestro héroe eran su amante y su pipa.

CONFIDENCIALMENTE



—Anda, Rosita, no me ocultes nada: descúbremelo todo.

Biblioteca Regional de Madrid

GARANTIZADA

A la amante, queríala de veras. Bueno, de veras precisamente, no; sentía por ella un amor puramente carnal, que jamás llegaría á serlo del espíritu; pues, como dijo mi querido compañero el señor Sully-Prudhomme, «las caricias no son más que medios infructuosos para lograr la unión de las almas mediante el vehículo del cuerpo»; pero, en fin, la quería mucho y la deseaba hasta más allá de la metáfora y de la metá... dentro.

Casarse con ella, no; no se casaba, primero, porque sería una imbecilidad, y después, porque el matrimonio no es más que un cambio de mal humor durante el día y una mutua correspondencia de malos olores durante la noche. Quedamos, pues, y basta que yo lo diga, en que Clarós estaba enamorado de Elena, como el más plebeyo pollino. Calcúlese, por logaritmos, su insano furor y su desesperación cuando un amigo cariñoso —que nunca faltan— le comunicó que ¡jellal, ¡su ídolo! le engañaba con impudor de auriga embriagado. La impresión que causó la noticia, fué enorme y dolorosa; pero hombre imperturbable al fin, rehízose pronto pensando que, aun cuando á otro se entregara, sería suya, puesto que la pagaba. Era un simple préstamo.

Un día, para él memorable, Clarós llegó á su casa para comer con Elena, y dedicarse después del yantar —¡vaya clasicismo!— á las labores propias de su sexo.

Sentóse en una *chaise-longue*, sacó su amada pipa de porcelana, la cargó con refinamiento de sibarita y empezó á fumar con entusiasmo de iconoclasta.

—¿Y la señorita Elena? —interrogó al criado, que acudió presuroso á su llamamiento.

—La señorita Elena —contestó el siervo, más embarazado que si estuviera de nueve meses— ha salido, y me encargó que,



- ¿Y dice usted que es muy buena?
 —¡Digo! Estos dos son parroquianos, y ya ve usted qué bien les va.
 —¡Lo que es á ella, sí!

cuando el señor preguntase por ella, le diera esta carta.

—Venga —aulló Enrique.

La esquila decía así; «Enrique: Me he cansado de tí, y estoy ya de tu cariño hasta los pelos de las axilas. No quiero seguirte engañando, y me las guillo. Adiós. Tu ex Elena.

»Postdata: No dejes de ponerte la manga de bayeta amarilla para el reuma. La encontrarás en el segundo cajón de la cómoda. Saluqui.»

La impresión de Enrique, fué con vistas á la hecatombe; en el colmo de la sorpresa, dejó caer al suelo su pipa de porcelana, que se fragmentó hasta el absurdo.

—Se ha ido —murmuró—, se ha ido ¡la grandísima puerca!

Pero no en balde era un impávido; sobrepúsose á la impresión y reaccionó: sus nervios tornaron á la crónica catalepsia, y, encogiéndose de hombros con la diferencia del estoico, dijo, mirando los pedazos de su pipa y pensando en la fuga de su amante:

— Bueno! ¡Necesito dos pipas nuevas!

José AGUIRRE



Nuestras artistas y la guerra.

Los ojos de Blanquita Hungría.

Confieso ingenuamente que después de haber visto á Blanquita durante sus actuaciones en el Teatro Romea, no

puedo escribir con pleno dominio de mí mismo lo que la encantadora artista me habló al respecto de la guerra.

Dos veces he visto caerle la baba á mi entrañable y respetado amigo D. Antonio. Una, el día que le eligieron diputado, y la otra, al hacer el recuento de taquilla la noche del *debut* de Blanquita Hungría.

Nadie como Blanquita puede repetir las palabras de César: *Veni, vidi, vici*. Porque Blanquita Hungría venció apenas llegada á la Corte, en donde goza ya de indiscutible popularidad.

Para darse idea de hasta qué punto ha influido la actuación de la monísima bailarina y cupletista, basta con saber que, en gracia á Blanquita Hungría, ha vuelto á entonarse por doquier la famosa canción del vagabundo...

«¡Hungria de mis amores!...»

Y no es para menos. Blanquita canta bien y baila mejor. La aguarda para antes de poco un puesto preeminente que ocupar dentro del género de *varietés*. Y por encima de todas estas cosas, dispone

de un par de ojos verde-mar que dicen «embárguese usted»...

Yo intervine á Blanquita, hace pocas noches, en la calle de Ventura Rodriguez, á la puerta de la academia de canto y baile de ese fenomenal maestro Larruga, en donde la artista perfecciona su linda gargantita...

—¿Le ha perjudicado á usted mucho la guerra, señorita?

—Hay quien dice que sí; pero yo le aseguro todo lo contrario. Vea usted la Prensa. «¡La Hungría, deshecha! ¡Las pérdidas de Hungría!» La mar, la mar de cosas horripilantes y de títulos «estupefacientes»; pero ya ve usted que, á pesar de todo eso, estoy de muy buen ver.

Pues si es en lo que atañe á mi trabajo, muchísimo menos. No hice más que llegar á Madrid, y *debuté* en Romea. En seguida me ofrecieron para provincias dos contra-



Blanquita Hungría

A CADA CUAL LO SUYO



—Caballerito, no creo que tenga usted nada que decir, porque la navaja es cabritara.

tos que he firmado y cumpliré dentro de algún tiempo, porque primero quiero trabajar en otros coliseos de la Corte. La Prensa me ha tratado muchísimo mejor de lo que yo merezco. ¿Puedo, entonces, quejarme de los tiempos que corremos? Yo creo que no, ¿verdad?

—Y en otro orden de «cosas», ó, si quiere usted, de «personas», ¿no le ha ocasionado ningún perjuicio el conflicto europeo?

—¡Ah, picaro; ya sé por dónde va usted! Pues, no; no. En primer lugar, soy muy jovenita para tener novio, y cuando lo tenga habré de elegirlo «garantizado»; esto es, que ni se me vaya voluntario á las guerras de otros países, ni atienda las órdenes del gobierno cuando se le reclame para una guerra nuestra. ¡Me gustan mucho los rebeldes, cuando son rebeldes para los demás y sumisos para mí...

—Eso no, señorita; la Patria es lo primero.

—¡Lo primero! ¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro?

Y como al repetir una y otra vez el interrogante, clavase en mí sus ojos verdemar:

—No estoy seguro... ¡Qué he de estarlo! —rezongué, á tiempo que sentí abrasarseme la piel en el semblante...

CÉSAR JALÓN

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

La muerte de Margarita

Tendido entre las gasas de ese lecho que huele á doncellez, ¡oh, flor de un día! tu juventud se rinde á la obra impía del bacilo mortal que hirió tu pecho.

La Muerte ya ennegrece con su saña tu blanca habitación de impúber musa, y pronto se holgará la vil intrusa con otro fruto más de su guadaña.

Y yo, que escucho el paso de la Muerte, y veo que al robar tu cuerpo inerte me roba á mí tu amor—mi único anhelo—, se me antoja un rival desnarigado, y al ver cómo te lleva de mi lado, siento los celos trágicos de Otelo.

RAFAEL ROMERO FLORES

ACTUALIDAD TAURINA



Gaspar Esquerdo.

Los novilleros que entran á matar «así», merecen ser matadores de toros. Y cuando, por razones de modestia, no quieren serlo todavía, tienen derecho á alternar en las novilladas en Madrid, en Carabanchel y en «Londres». Los empresarios están en la ineludible obligación de contratarlos, para bien de la afición. «Clarito».



LENTES CONVERGENTES



—¡Qué gusto! ¡Cómo aumentan estos impertinentes! Con razón me ha dicho el óptico que iba á ver con ellos lo que me diese la gana, y un poco más.



BESOS

Porque un beso te di, te incomedaste,
y *pillo* y *sinvergüenza* me llamaste.

—¡Perdón! —te dije—. Ha sido sólo un
[beso...

Y tú me respondiste: —¡Pues por eso!

¿Me quieres dar un beso, vida mía?
—le pregunté á mi novia el otro día—.
Y ella, muy enojada,
me soltó una tremenda bofetada.

—Figúrate qué haría
—mi amadísima novia me decía—,
si tú te *propasases*
y á besarme llegases.
Por cada beso que
me des, un bofetón te pegaré.

—Pues aceptado —respondí—, mi vida...
...Y tanto la besé...

¡que ella sacó la mano dolorida!

¿Te acuerdas, Angelita, de aquel día,

que nunca olvidaré,
que mil besos, con ímpetu salvaje,
á tu boca robé?

¿Te acuerdas, vida mía?...
Tú, al principio, «atrevido» me dijiste;
y, poco después, llena de coraje...
¡los besos que te di me devolviste!...

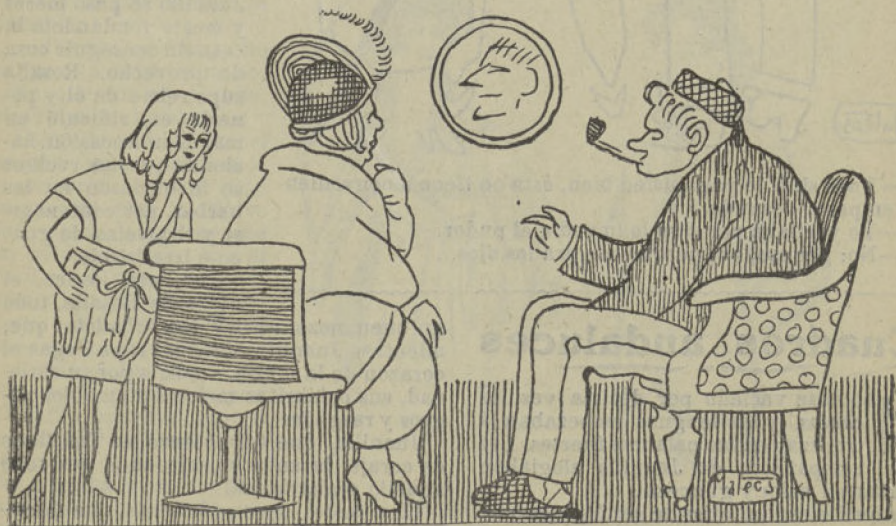
Un beso la pedí,
y se mostró ofendida mi adorada;
mas ayer, sin permiso se lo di...
¡y ella no dijo nada!

FRANCISCO SERRANO BAENA

La simpatiquísima cupletista y monologuista Vicenta Vargas ha hecho su reaparición en el Teatro Madrileño, restablecida totalmente de la enfermedad que durante una temporada la ha tenido alejada de las tablas.

Ehonorabuena á la genial artista.

DE VISITA



—Apreciable señora, ha tenido usted mala suerte. Mi esposa acaba de salir, y Lolita se va ahora al colegio.

—¿Y á eso le llama usted mala suerte?

CUADROS EDIFICANTES



—Pues sí: si lo paga usted bien, ésta no tiene inconveniente en pasar desnuda.

—Yo vacilaba por si se lo impedía el pudor.

—No; por eso, no; porque cerrará los ojos...

Cuadros andaluces

Habíanse vaciado por décima vez los *chatos*, y las lenguas empezaban á tropezar en las palabras fuertes. Los tres compañeros de Juanillo elogiaban mucho su valor y guapeza.

Aquello era un niño de *verdá*, bien vestido y mejor *andao*, capaz de causar una desazón á la *moza* más guapa y más juncaal de Sevilla. Y que las tenía así, en la

punta de los *deos*, suspirando por él y poniéndose pajizas á fuerza de quererle. ¡Vaya una suerte la de aquel hombre!

Hay que dejar sentado, para saber hasta dónde tenían valor aquellos elogios, que Juanillo era siempre el *pagano*, y que allá donde él iba, no había más bolsa abierta que la suya. En una palabra: era un verdadero *pariente*.

Al beber el *chato* número once, Juanillo se puso en pie.

—¿Aónde vas, hombre?

—A despachar un negocio; tengo aquí entre ceja y ceja que *ésa* no *güelvo* á hablar más con *ése*. Hasta ahora les he *tento* lástima; pero esto *s'acabó*.

Esa, era Rosalía, la muchacha más apetitosa de la Macarena y la virgen más bonita de Sevilla y sus arrabales. Juanillo se pasó meses y meses rondándole la casa sin conseguir cosa de provecho. Rosalía supo reirse de él y ponerle en ridículo en más de una ocasión, haciendo que los vecinos se le burlasen en las barbas, por contonearse y tirárselas de guapo é irresistible.

Ese, era Perico, el novio de Rosalía, todo

un buen mozo, recio y desgarradote, que, mientras Juanillo rondaba, supo llegar al corazón de la niña y rendirla por su seriedad, sus palabritas melosas y sus ojos negros y rasgados.

Juanillo, que tal observó, se fué lleno de coraje, jurando y perjurando que todo aquello acabaría mal.

Una tarde, aprovechó de que Rosalía estaba sola para acercarse á la ventana.

—Dios guarde á *osté*, niña.

La muchacha le miró de pies á cabeza, y sonrió burlonamente.

—¿Vuelves á las andadas?—le preguntó.

—Á las andadas *güelvo*.

—*Pus* ya sabes la contestación: que te vayas; que no te puedo ver ni en pintura. Se había puesto en pie, y estaba dispuesta á darle portazo.

—Oye una cosa —gritó Juanillo.

—¿Qué?

—¿Es *verdá* que hablas con Pedro?

—¿*Pus* no lo has visto, hombre?

—¿Y le quieres?

—Más que á la niña de mis ojos.

—*Pus* es una lástima, Rosalía; una lástima *mu* grande.

—¿Por qué?

—Porque voy á tener que matarle.

—Oye: ¿*aónde* entierras? —preguntó Rosalía.

—Y ¿á qué viene éso?

—*Pus*, hijo, *pa* saber *aónde* tengo que ir á rezarle.

Y riendo á carcajadas, se volvió de espaldas y dejó á Juanillo con la boca abierta.

Tal lance se hizo público; así es que cuando Juanillo manifestó su decisión á los que con él bebían, éstos pretendieron acompañarle; mas él dijo que se bastaba para despachar por sí y en poco tiempo la cuestión.

—*Pus* ten *cuidáio*, y no te vayas á *dir* de la mano, niño, que, al fin y al cabo, Perico es un hombre.

Bastante zumbón era el acento con que tal cosa le recomendaban; pero él no se curó de ello, y allá se fué, no sin asegurar que su único propósito era el de darle á Perico un gran susto y demostrarle de paso á Rosalía que él era todo un hombre.

Cabalmente estaba Perico en la ventana cuando Juanillo apareció por el extremo de la calle. Y lo peor de todo fué que también estaba Rosalía, y que á Juanillo le pareció, en tal sazón, más hermosa y atrayente que nunca había estado.

Aquella niña retrechera, que tenía vuelto el juicio á los muchachos, no ya de la Macarena, sino de todos los barrios de Sevilla, se había peinado primorosamente, y, con gracia y bien prendidos, llevaba un ramo de jazmines en la cabeza y otro en el pecho, en aquel pecho alto y redonde que despertaba deseos de reclinar sobre él suavemente la cabeza. El pañolillo de talle lo llevaba honestamente subido hasta la garganta; mas en aquella honestidad, parecía haber algo de pecaminoso; que nada hay más atrayente é incitante que el misterio.

Y miraba á su amado fijamente, embochándole con aquellos sus ojos charlatanes, protegidos por largas pestañas.

Juanillo detúvose á contemplarla, y al ver que estaba embelesada mirando á Pedro, que sonreía, avanzó resuelto y corajudo, y llegó hasta la ventana. Un rato permaneció mudo, porque la emoción le impedía hablar; pero, rehaciéndose, dió las bue-

DEL PASEO



—¡Oh, señorita! Puedo decir que he contribuido á enjugar muchas lágrimas en este mundo.

—¿Es usted filántropo, según eso?

—No; soy fabricante de pañuelos de bolsillo.

ADVERTENCIA INUTIL



—No tengas cuidado, Eloisa. Yo, con los que no tienen dinero, soy un olmo.

nas tardes, y después encaróse con Pedro:

—Niño, á ese lucerito *der* cielo, lo *quieco* yo y ha de ser *pa* mí solo.

Perico le miró bondadosamente, calculando que borracho debía ir quien á tanto se atrevía.

Juanillo, alentado por el silencio agregó:

—Y como ha de ser *pa* mi... *pus* he venido... con que ya *pués* dirte y no *güelvas*; porque si no... ¡Va á ser una lástima, Perico, una verdadera lástima, lo que va á pasar aquí!

Perico se echó á reír; hacíale mucha gracia la pretensión del majo, á quien seguía creyendo borracho de remate, y no se movió, contentándose con decir socarronamente:

—Oye, ¿y no habrá medic de arreglar la cosa de otro modo?

—Lo siento, niño; pero no *pué* ser; aquí no cabe más que uno, y ese uno soy yo.

—¿Estás seguro, Juanillo?

—Por éstas —juró Juanillo cruzando las manos, que besó frenéticamente.

Luego, metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, como quien busca un arma, agregó con la esperanza de ver correr al novio de Rosalia:

—Conque si *quiés* evitarle una pena á tu madre, lárgate.

Pedro figuróse que iba á acometerle navaja en mano, y, sin darle tiempo para más, descargó sobre las mejillas de Juanillo dos bofetones, y sobre su cuerpo tanta tal de puñetazos, que el pobre hombre, molido y asustado por aquella lluvia de golpes, echó á correr con cuantas fuerzas le quedaron, calle arriba, dejando el sombrero junto á la ventana.

Ya iba muy lejos, cuando se encontró á uno de sus amigos, que pudo detenerle, no sin gran esfuerzo.

—¿*Aónde* vas, hombre?... ¿*Aónde* vas tau corriendo y con esa facha?

Tardó mucho en contestar.

—¿Qué te pasa en la cara, que la tiés hinchá?

—Pus, pasa... pasa que m'han faltao, y que voy á avisar al cura e la parroquia, pa que venga con el Santolío pa ése, porque le voy á matar, y será una lástima mu grande que se muera sin Sacramentos.

Y se puso de nuevo á correr. Y ocurrió que... todavía no ha encontrado Juanillo al cura de la parroquia.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

CONSOLATRIX AFLICTORUM

En realidad, el establecimiento de vinos y licores del señor Adelardo, era una casa de salud: el título, un poco incongruente con lo que había en el interior, pues el establecimiento se llamaba «A la Misa de Gallo», despistaba un poco. Pero en aquella casa no entraban más que enfermos: enfermos del espíritu se entiende, que en cuanto se atizaban tres *vermouths* seguidos, salían á la calle buenos. ¡Vaya si salían buenos!

Los parroquianos eran todos, con alguna excepción, pobres náufragos de la vida moral, que ahogaban en alcohol sus penas para que no les ahogasen á ellos. Un antiguo comerciante, arruinado; un viudo con seis hijos, un autor dramático, pateado furiosamente en el Coliseo Imperial la noche del estreno de su primera obra; un novio cuya novia se acababa de casar con otro...

Pero el más triste de todos, y el que por lo tanto hacía más consumo, era un hombre joven, no mal plantado y bastante bien vestido, que llevaba quince días de concurrir al establecimiento. Su historia era sencilla y vulgar: su mujer, á la que adoraba, se le había marchado una tarde de su casa, dejando escrito en una de las paredes de la cocina: «Adiós: me voy con el hombre á quien amo; no me volverás á ver.»

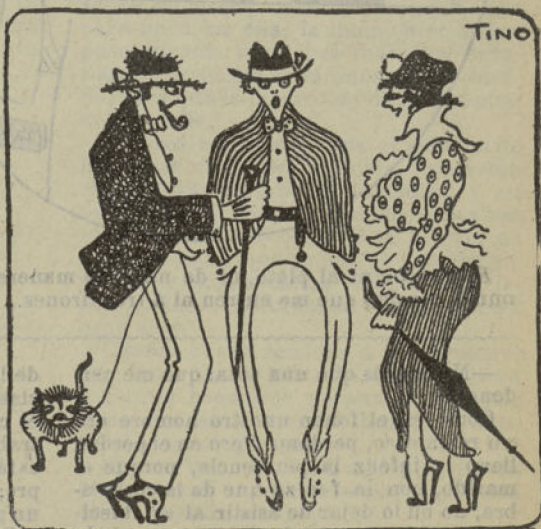
El viudo honorario, después de llorar sin consuelo tres días con sus tres noches, salió á la calle y

se compró un traje de luto riguroso y un tarro de ginebra. A las dos horas, después de haberselo vestido de negro y de haber apurado á pulso el contenido del tarro, sintió en el alma un consuelo muy grande: no digamos que había olvidado á la infiel, pero sí que guardaba de ella un recuerdo muy dulce, como en las horas melancólicas del vésper se acuerda uno de un acreedor á quien se le ha pagado toda su cuenta, ó de una enfermedad de la que se ha escapado por puro milagro.

Desde aquel día, llegaba siempre á casa borracho; cuando, después de dormir unas horas recobraba la lucidez cerebral, se sentía atacado de una murria suicida que le impulsaba á la calle para arrojarse al paso de un tranvía. Felizmente, la Casa de Salud del señor Adelardo estaba en la misma esquina de su calle, y entraba en ella antes de que pasase ningún coche... Cuando salía, una hora después, subía en el primer tranvía que pasaba y se iba á la Glorieta de Quevedo á cantar guajiras.

Una noche —habían pasado ya cuatro meses desde el suceso—, al volver á su casa, se encontró sentada en la cocina, y

LO MÁS SALUDABLE



—¿Así que os habéis enfadado porque éste ha comido la pera sin pelarla?

—Claro; como que es una porquería.

—¡Vaya, vaya! Pues más sano es el pellejo de la pera, que la pera del pellejo.

debajo precisamente del letrero de marras,
 & su mujer...

—¡Cómo! Pero, ¿eres tú?

—Sí. ¿Qué te choca? ¿No ves que al mar-
 charme me llevé el llavín de la puerta del
 piso?

—Y... ¿se puede saber lo que quieres?

HACIENDO EL MENU



Ella.—No; ni al plato, ni de ninguna manera, porque
 nunca consigo que me entren ni á tres tirones.

—Nada más que una cosa: que me per-
 dones.

Como en el fondo nuestro hombre era
 un romántico, perdonó. Pero en el perdón
 llevó la infeliz la penitencia, porque el
 marido, con la fuerza que da la costum-
 bre, no pu lo dejar de asistir al establec-
 miento del señor A telardo, y ya es sabido
 que cuando un hombre casa lo vuelve bo-
 rracho á su casa, lo primero y casi lo úni-
 co que hace, es pegarle á la mujer. Es esta
 una vieja costumbre, extendida por todos
 los pueblos de la tierra, y tan antigua,
 que no parece sino que el hombre del día,

al practicarla, obedece á un atavismo de
 siglos.

La mujer de nuestro protagonista vino
 saliendo á paliza diaria todo el año, ex-
 cepto los días en que la ración era doble.
 Por fin, un día, sin duda por no aguantar
 más, dobló el pico y se fué al otro mundo.

Y entonces el viudo efec-
 tivo volvió á tomar el vino
 como un consuelo. Y es lo
 que él decía cuando tenía
 la boca libre:

—Cuánto me alegro de
 no haber perdido la cos-
 tumbre. Ahora tendría
 que volver á empezar.

JOAQUÍN BELDA

CRONICILLAS PROVINCIALES

LAS ALEGRES COSTURERAS

A Manolo Morate.

En las primeras horas
 de la tarde, la vieja
 provincia adquiere
 una alegría bulliciosa y
 jovial. Las calles, tristes
 y silenciosas en las demás
 horas, se animan en un
 rejuvenecimiento casca-
 belero de día de fiesta. Es
 esta hora como un peque-
 ño paréntesis de ilusión en
 la monotonía lánguida del
 trabajo cotidiano. Es un
 momento en el que veis
 pasar por la plaza central

de la ciudad, gente satisfecha de todas las
 clases sociales: el oficinista, el empleado,
 el comerciante, el obrero... Los unos, al
 trabajo; los otros, á jugar su partitita al
 café de costumbre, con los amigos de siem-
 pre; los de más allá, sencillamente á dar
 un paseo...

Pero la nota más característica de esta
 hora la constituyen las costureras. Son
 encantadoras estas muñachitas coquetas
 y gráciles, que van derramando por don-
 dequiera la gracia y la alegría de su ju-
 ventud y de su optimismo. Sus ojos —ne-
 gros, azules, pardos— tienen un extraño

brillo de picardía y de bondad, y es de admirar la rapidez del comentario burlón que casi siempre ponen á continuación del piropo espontáneo que, en admiración á su belleza, deslizó en su oído cualquier tendero galante y donjuanesco.

Si os fijáis, observaréis el paso menudito y saltarin de sus pies pequeños.

Las costureras tienen siempre los pies bonitos: no sé cómo se las arreglan; pero esto es cierto. El zapatito coquetón es una de las prendas que más estiman, y se comprende. Ya saben ellas lo bien que sientan á una mujer linda, unos preciosos estuches escotados para sus pies menuditos; ¡ya lo creó! El zapatero también lo sabe, y por eso los cobra caros...

La costurera viste bien, cuida mucho de su bonita persona, es graciosa, ingenua y romántica, influenciada del romanticismo folletinesco, que es la lectura que más le agrada; también es aficionada á la pimienta picantilla de los buenos chistes y á las historias escabrosas, en las que intervienen, como obligados personajes, un respetable don Cornelio, anciano y tenorio —casado en segundas nupcias con una casquivana linda y demoníaca—, y un apuesto doncel de gallarda apostura y altivos é insultantes mostachos... Con esto quiero decir que la modistilla compra todas las semanas LA HOJA DE PARRA, que es la más gentil narradora de estas donosas aventu-

ANIMALES INTELIGENTES



—Mira: el perrito y tú, os vais á ir... ¿sabes dónde?

—Yo no lo sé. Pero lo sabrá él; porque, como ha ido contigo muy á menudo, debe saberse de memoria el sitio.

ras... Por lo demás, la encantan los melodramas sentimentales, y siente una debilidad extraordinaria por el baile de salón, á donde va los domingos en compañía de su novio, danzando muy pegadita á él al compás chulón de una pieza zarzuelera de organillo.

Cuando va sola, camina muy formal; pero reunida con otras, la modistilla es cruelmente burlona. Pobre del muchacho tímido que se enamora sentimentalmente de cualquiera de estos diablejos femeninos: «le tomarán el pelo», como vulgarmente se dice...

Pro, aunque exteriormente parezcan locuelas, en el fondo son unas pobres muchachas, muy buenas y humildes, que tienen la cabecita á pájaros. Creen, ó aparentan creer, en el amor volcánico de algún estudiante juerguista ó de algún chico de comercio parianchín y pinturero.

A mí me fascinan estas criaturitas encantadoras, verdaderos pájaros prisioneros en las jaulas de los obradores, donde pasan horas y más horas cosiendo preciosos vestidos que no han de ser para ellas... Y me figuro su melancolía, una mansa melancolía resignada, cuando ven esos mismos vestidos adornando la gentileza hechicera de alguna linda burguesita, que se ve admirada de la gente, sin fijarse para nada en ella, la linda obrerita que puso durante unos días todos sus entusiasmos juveniles en terminar aquel vestido, para que le luzcan las otras que pueden pagarle.

Alegres costureras: sois el encanto de las viejas ciudades; la novia Primavera ríe por vuestras bocas juveniles, y en vuestros corazones el optimismo canta con voz de cristal. Yo bendigo la alegría de vuestras risas, que anima la paz de remanso de estas arcaicas callejas silenciosas, y admiro la ilusión de vuestros diez y ocho años.

Cuando os veo caminar á pasos menudos junto á vuestra obesa progenitora —alguna honorable portera—, creedme que sufro un desengaño brutal, presintiendo vuestro porvenir.

¡Pensar que esta linda modistilla pueda ser dentro de unos años la mujer gruñona de un guardia municipal!...

EMILIO SEGOVIANO

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, Librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y correspondientes de España y América.